

treinta años y he vagado por la tierra durante diez; pero usted es más hombre; usted conoce más el mundo...»

Todas las tardes charlábamos íntimamente: yo tratando con mis bromas de ocultarle su estado, de hacerle amables las últimas horas de su vida, de engañarle; él respondiendo con otras bromas, con las cuales ¡ay! quería también engañarse! Y, sin embargo, los dos lo sabíamos ya, lo presentíamos por lo menos: el fin se acercaba, llegaba el instante supremo.

Cierta noche no se pudo contener y rompió, en medio de la risa, a llorar amargamente.

—Es inútil, Trigueros—me dijo— es inútil esta farsa; yo no soy del mundo de ustedes los vivos...

Y después de una ligera pausa, comenzó a recitar, con voz apagada, entre golpe y golpe de tos, aquellos melancólicos aires murcianos de Vicente Medina...

¡Me muero! No tengo
ni gelepa siguiá de esperanza.
No es contoico y con ello la pena
que más m' acobarda,
e'al fin y al remate
quien muere descansa...
Mi dolor es morirme tan lejos...
no ver mi barraca...
no ver a mi novia...
no ver mi guitarra...
no sentir el calor de los besos
que llorando mi madre me daba.

.
.

Díles que me lleven... Díles que me lleven aunque llegue ya muerto a mi casa!...
c'aquella ropica,
que en lo hondo del arca
arzaica me tiene mi madre,
me la pongan siguiá de mortaja...
que m' abrigue mi cuerpo mi tierra...
¡mi tierra del alma!

Tres días antes de partir, me llamó al borde de su cama, y me dijo: Ve usted esa biblioteca? es mía, más bien dicho, era mía; porque desde hoy pasará a poder de usted: se la obsequio como recuerdo. Sé que no nos volveremos a ver jamás. Pues bien, cuando yo vaya borrándome ya de su memoria, cada libro de esos le hablará por mí.

Y fué verdad: ya no nos volvimos a ver. No teniendo valor para ir a darle el último adiós al muelle, volví a su cuarto cuando ya hacía dos horas que se había marchado. Fuí por sus libros. Aquí sobre la mesa donde escribo estas líneas están ellos aglomerados. Tomo uno de las muchas revistas que me dejó, y leo este verso suyo:

Tanto luchar con el destino en guerra
para hallar, cuando todo ha concluído,
una mísera tumba que se cierra
con un poco de tierra
y otro poco de olvido.

En Chile, año de 1904.

Vicente Trigueros

(Del Correo del Cauca).

Del libro "La Tierra Nativa"

XII

Tiñendo la noche, como lo había calculado Tomás, llegaron a la posada del Naranjo, después de haber atravesado la parte más fea del camino.

En ese punto el terreno cambia de aspecto, debido a una estribación de

la montaña donde ha podido construirse una casa. A no existir la posada del Naranjo, los pasajeros tendrían que pernoctar en Juntas.

Andrés fué recibido con la amabilidad característica de las gentes campesinas del país; que a pesar de las pocas comodidades de que disfrutaban,